

6 de marzo

Llegué a Moscú ayer por la noche. Lo encontré igual que siempre. Las cruces brillaban con fuerza sobre las iglesias, los trineos chirriaban contra la nieve. Heladas mañaneras describiendo patrones geométricos sobre las ventanas, y el Monasterio Strastnoi llamando a la gente a misa. Me gusta Moscú. Es mi madre patria.

Tengo un pasaporte con el sello carmesí del Rey de Inglaterra y la firma de Lord Lansdown. En él dice que yo, George O'Brien, ciudadano británico, estoy de viaje por Turquía y Rusia. En la estación de policía han puesto simplemente el sello de «Turista».

Todo en el hotel es tan familiar que resulta aburrido: el portero con su camiseta interior de color azul, las moquetas. Mi habitación tiene un diván deshilachado y cortinas polvorientas. Debajo de la mesa hay tres kilos

de dinamita. La he traído del extranjero. Tiene el fuerte olor de las boticas, y por la noche me produce dolor de cabeza.

Hoy paseé por la ciudad. Estaba oscuro, y una nieve ligera caía sobre las calles. En algún lugar repiqueteó un reloj. Estaba solo, no había ni un alma. Todo a mi alrededor sugería una vida pacífica, gente olvidada. Y en mi corazón las palabras sagradas: «Le daré la estrella de la mañana».*

8 de marzo

Erna tiene ojos azules y trenzas gruesas. Me aprieta con fuerza y pregunta:

—¿No me quieres ni un poquito?

Una vez, hace mucho tiempo, se entregó a mí como lo haría una reina: ni pidió nada, ni esperó nada. Y ahora me pide amor, como una mendiga. Me asomo a la ventana. Le digo:

—Mira la nieve virgen.

No responde, y baja los ojos.

—Estuve en el Parque Sokolniki —continúo—. La nieve estaba incluso más limpia allí. Era de color rosa. Y los abedules proyectaban sombras azules.

Pude ver en sus ojos que pensaba: «Fuiste sin mí».

*. Del libro del Apocalipsis, 2, 26-28: «Y al que venciere y al que conservare hasta el fin de mis obras, yo le daré poder sobre las naciones, y las apacentará con vara de hierro, y serán quebrantados como vasos de barro, como yo lo recibí de mi Padre, y le daré la estrella de la mañana». (*Todas las notas son de los traductores.*)

—Escucha —le digo—, ¿has estado alguna vez en una aldea?

—No —contesta.

—Bien, pues a principios de la primavera todavía queda algo de nieve en las hondonadas, cuando la hierba ya está crecida en los campos y las campanillas florecen en el bosque. Resulta extraño, la nieve blanca junto a las flores blancas. ¿No lo has visto nunca? ¿No? ¿No entiendes lo que digo?

Ella susurra: «No».

Y yo pienso en Yelena.

9 de marzo

El gobernador general* vive en sus aposentos de palacio. Lo rodean espías y guardas. Una pared doble de bayonetas y miradas indiscretas.

No somos muchos: cinco personas. Fiodor, Vania, y Heinrich y los cocheros. Lo siguen continuamente, y me informan de sus observaciones. Erna es la especialista en química. Ella es quien se encarga de preparar los explosivos.

Sentado en mi mesa dibujo rutas en el mapa. Trato de ponerme en su lugar. Juntos recibimos a los invitados

*. Es el Gran Duque Sergei Alexandrovich. Hijo de Alejandro II y de María de Hesse, era tío del zar Nicolás II, quien también era su cuñado. Ostentó el cargo de gobernador general de Moscú desde 1891 hasta 1905. Conservador radical, fue el encargado de expulsar a los judíos de Moscú. Por esta y por otras razones, era una de las personas más odiadas por los revolucionarios rusos.

en los vestíbulos de palacio. Juntos caminamos por los jardines protegidos por las verjas. Juntos nos escondemos durante la noche. Juntos rezamos al Señor.

Hoy lo he visto. Estaba esperándole en la calle Tverskaya. Me pasé mucho tiempo caminando arriba y abajo sobre la acera helada. Caía la noche, hacía mucho frío. Había perdido toda esperanza. De repente, el oficial de la esquina hizo una señal con su mano enguantada. Los policías se pusieron firmes, y los detectives comenzaron a tomar notas. Todo movimiento se detuvo.

Un carruaje pasó a toda prisa. Caballos negros. Un cochero con barba rojiza. Las puertas tenían tiradores curvados, los radios de las ruedas eran amarillos. Un trineo lo seguía, sus guardaespaldas.

Apenas me fue posible distinguir sus facciones en mitad de aquel vuelo apresurado. Él no me vio. Para él, yo debía de formar parte de la calle.

Volví a casa sin prisas, eufórico.

10 de marzo

Cuando pienso en él, no siento ni odio ni ira. No siento pena alguna. Lo único que siento es indiferencia. Pero deseo su muerte. Sé que es absolutamente necesario que muera. Necesario para establecer el terror y ayudar a la revolución. Soy consciente de que las acciones son a menudo más contundentes que las palabras. Si pudiera hacerlo asesinaría a todos los jefes y a todos los gobiernos. No quiero ser un esclavo. No quiero que nadie lo sea.

Dicen: «no matarás». Dicen también que no se puede asesinar a un ministro; pero lo que no puede matarse es la revolución. También dicen lo contrario.

No sé por qué no se debe matar. Y nunca entenderé por qué es bueno hacerlo en el nombre de la libertad, pero no en el nombre de la autocracia.

Recuerdo la primera vez que fui a cazar. El trigo estaba rojo en los campos, las telas de araña se desprendían de las ramas, el bosque se encontraba sumido en un hondo silencio. Me detuve al borde del camino horadado por la lluvia. De vez en cuando se oía el susurro de los abedules, y las hojas amarillentas caían a nuestro alrededor. Esperé, paciente. De pronto la hierba se movió de forma inesperada. Una liebre salió corriendo como una bolita de hojas grises, y se sentó preocupada sobre sus piernas traseras. Miró a su alrededor. Alcé mi escopeta temblando. Un eco resonó a través del bosque, el humo azulado se dispersó entre los árboles. La liebre herida se arrastró sobre la hierba, tintada de marrón por su propia sangre. Su grito era como el llanto de un niño. Sentí pena por ella. Disparé de nuevo. Se quedó en silencio.

Una vez en casa me olvidé de ella. Era como si nunca hubiera existido, como si nunca le hubiera arrebatado su posesión más preciada, esto es, su vida. Me preguntaba, una y otra vez: ¿por qué me dolía escucharla chillar? ¿Por qué, si la había matado solamente para entretenerme?

Fiodor es herrero, solía trabajar en Presnia. Lleva puesto un batín azul y una gorra de recadero. Sorbe su té del platito de la taza.

Inicio una conversación.

—¿Estuviste en las barricadas en diciembre?*

—¿Yo? No, estuve en un edificio.

—¿En qué edificio?

—Bueno, estuve en el colegio, el colegio estatal, quiero decir.

—¿Por qué?

—Estaba en la reserva. Tenía dos bombas.

—¿Quieres decir que no te dispararon?

—¿Qué insinúas? Por supuesto que me dispararon.

—Pues cuéntamelo, entonces.

Al principio rechaza mi proposición con un gesto de la mano.

—Bueno... La artillería vino. Empezaron a dispararnos con cañones.

—¿Y vosotros qué hicisteis?

—¿Nosotros...? Pues lo que te digo: nosotros les disparamos con nuestros cañones. Recién salidos de la

*. Se refiere a la insurrección de 1905 en Moscú. Tras la gran huelga política de octubre de 1905, que obligó al Zar a lanzar su manifiesto del 17 de octubre en el que reconocía una serie de libertades políticas al pueblo, los miembros del partido socialdemócrata, que incluía en su seno a bolcheviques y mencheviques, deciden pasar a la acción en diciembre, y organizar una revuelta contra el poder establecido. El 9 de diciembre se levantaron las primeras barricadas. Durante nueve días, los insurrectos resisten, pero pronto las tropas zaristas les aplastan con una crueldad inhumana.

fábrica, pequeñitos, más o menos como esta mesa de grandes. Pero disparaban bien, los malditos. Nos dieron unos cincuenta... En fin, hubo mucho jaleo. Entró una bomba a través del techo, y unos ocho de los nuestros saltaron en pedazos.

—¿Y qué pasó contigo?

—¿Yo? ¿Que qué me pasó a mí? Era capitán en la reserva. Estaba en la esquina con mis bombas... Y entonces llegó la orden.

—¿Qué orden?

—La orden del comité, de salir de allí. Supongo que era previsible, las cosas se estaban complicando. Quedaba muy poco tiempo, así que nos marchamos.

—¿Y adónde fuisteis?

—Fuimos al piso de abajo. Era más sencillo disparar desde allí.

Habla de mala gana. Espero.

—Sí —continúa despacio, tan bajo que apenas se le oye— había una mujer allí... Teníamos una especie de arreglo... Era como mi esposa.

—¿Y?

—Y nada... Los cosacos la mataron.

Al otro lado de la ventana se extiende la oscuridad.

13 de marzo

Yelena está casada. Vive aquí mismo, en la ciudad de Moscú. Es lo único que sé sobre ella. Por las mañanas, en mis días libres, camino por los bulevares cercanos a su casa. La helada comienza a formarse, la nieve cruje

bajo mis pies. Se escuchan los repiques pausados del reloj en la torre dando las diez en punto. Me siento en un banco y espero con paciencia que las horas transcurran. Me digo a mí mismo: ayer no logré verla, lo haré hoy.

La vi por primera vez hace un año, durante la primavera. Fui de viaje a N***, donde visité un parque grandísimo. Pasé la mañana a la sombra de los árboles, robles fuertes y chopos ligeros que crecían de la tierra mojada. Todo estaba tan quedo como en una iglesia. Incluso los pájaros guardaban un silencio respetuoso. Lo único que podía oírse era el ruido del agua que fluía por los arroyos. Observé la corriente: el sol se reflejaba en cada gotita. Me detuve a escuchar las palabras del agua. Entonces elevé los ojos. En la orilla opuesta una mujer observaba el río sobre una red intrincada de raíces verdosas. No me vio; pero yo sabía que escuchaba lo mismo que yo escuchaba.

Era Yelena.

14 marzo

Me encuentro solo en mi habitación del hotel. Desde el piso superior se desgrana la melodía reticente de un piano, acompañada de ruido de pasos ensordecidos sobre la moqueta.

Estoy acostumbrado a esta vida en las sombras. Estoy acostumbrado a la soledad. No deseo conocer el futuro, e intento olvidarme del pasado. Ni tengo patria, ni nombre, ni familia. A menudo me repito las palabras del poeta:

*Un grand sommeil noir
Tombe sur ma vie,
Dormez, tout espoir,
Dormez, tout envie.**

La esperanza, sin embargo, nunca muere. Pero, ¿por qué podemos sentir esperanza? ¿Por «la estrella de la mañana»? Todo lo que sé se limita a lo siguiente: si ayer matamos, mataremos hoy de nuevo. Y será inevitable que matemos mañana. «El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos y sobre los manantiales de agua, y se convirtieron en sangre».** Pero la sangre no puede lavarse con agua, ni quemarse con fuego. Nos la llevamos a la tumba.

*Je ne voit plus rien,
Je perdu la memoire
Du mal et du bien,
O, la triste histoire!*

Bienaventurado sea el hombre que cree en la resurrección de Cristo y en la resurrección de Lázaro. Bienaventurado sea el hombre que cree en el socialismo, en un futuro paraíso sobre la tierra. No obstante, no puedo evitar creer que estas historias pretéritas son ridículas, y la idea de quince *desiatina*† de tierra por persona tampoco me

*. Estos versos, y los que siguen, pertenecen a Paul Verlaine, de su libro *Sagesse* (1880).

** Apocalipsis, 16, 4.

†. Una *desiatina* equivalente a 1,1 ha. Quince *desiatina* era la medida de la tierra prometida por los socialistas a cada ciudadano.

convence. No deseo ser un esclavo. No es de ese modo como encontraré la libertad. ¿Y para qué necesito libertad? Me pregunto en nombre de quién salgo a matar. ¿En nombre del terrorismo? ¿Acaso por la revolución? ¿O simplemente lo hago en nombre de la sangre, por la sangre misma?

*Je suis berceau,
Qu'une main balance
Au creux d'un caveau
Silence, silence...*

17 de marzo

No sé por qué me he involucrado en actos terroristas, pero sé cuál es la razón que impulsa a muchos otros. Heinrich está convencido de que para conseguir la victoria del socialismo es necesario que se desencadene una campaña de terror. Mataron a la mujer de Fiodor. Erna dice que se siente avergonzada de continuar viva. Vania... Pero dejemos que Vania hable por sí mismo.

Anoche me llevó por todo Moscú. Quedamos en Sujarevka, en una taberna destartalada. Apareció ataviado con botas altas y un *poddiovka*.* Ahora lleva la barba cuidadosamente recortada.

—¿Alguna vez piensas en Cristo? —me pregunta.

—¿En quién?

—En Cristo. Dios hecho hombre, Cristo... ¿Alguna

*. Tipo de levita propia de los que trabajan en la calle.

vez piensas en la forma que debe adoptar nuestra fe, nuestra vida? Cuando estoy en casa leo los evangelios a menudo, ¿lo sabías? He llegado a la conclusión de que sólo hay dos caminos posibles. En el primero se permite todo, ¿entiendes? Todo. Es el camino de Smerdiakov.* Te sientes capaz de hacer cualquier cosa. Y en ese camino no existe Dios, y Cristo no es más que un hombre, y tampoco existen los sentimientos... Y el otro camino es el camino de Cristo. Es muy sencillo: si eres capaz de amar, si de veras amas con todo tu ser, entonces eres capaz hasta de matar. ¿Lo entiendes?

Y yo contesté:

—Uno siempre puede matar.

—No, no siempre. Matar es un pecado terrible. Pero recuerda que no existe amor más sincero que el de entregar tu alma a tus camaradas. No me refiero a tu vida, sino a tu alma. ¿Lo comprendes? Tienes que ser capaz de aceptar el sufrimiento de la cruz, tienes que decidir hacerlo todo por amor, y como signo de amor. Pero debe ser así, como te digo. Si no cumples estos preceptos, vuelves a ser como Smerdiakov, o al menos a encontrarte en su camino. Así es como rijo yo mi vida. Y, ¿para qué? Es posible que viva cada día esperando la hora de mi muerte. Mi único ruego, Señor, es que se me conceda la muerte en el nombre del amor. En tu caso, en cambio, tus plegarias no incluyen el asesinato. Tú matas, pero luego no te pones a rezar... A pesar de todo, sé que en realidad poseo muy poco amor dentro mí, y que por ello

*. Personaje de *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski, hijo ilegítimo de Fiodor Karamazov, nihilista y asesino de su padre.